

hombres se reputó pequeño y el novísimo de los hombres, sin embargo elevado al cielo, al modo de esta nube llovió sobre la tierra una copiosa lluvia de dones celestiales, la cual produjese en el mundo estéril y vacío de virtudes abundantísimos frutos de piedad y de justicia. Esto claramente significó el real Profeta cuando dijo: subiendo á lo alto llevó cautiva la cautividad, dió dones á los hombres. Porque así es como vierte este lugar del hebreo el Apóstol <sup>1</sup>; sin embargo de que allí está con alguna diferencia: porque así se lee <sup>2</sup>: Recibiste dones en los hombres. Y el Apóstol interpretó el sentido oscuro de la letra, cuando en vez del verbo recibir usó del verbo dar. Cristo, á la verdad, recibió dones para los hombres, á saber, dados por el Padre, y que se habian de conferir á los hombres. Porque de su plenitud recibimos todos <sup>3</sup>, pues no se le dió con tasa ó medida el espíritu, sino con una tal plenitud, que como en un inagotable tesoro tuviera siempre qué repartir á los otros.

13. Dícese tambien que nos apareja el lugar, respecto que perpétuamente intercede al Padre por nosotros, como dice san Juan <sup>4</sup>: Hijuelos, esto os escribo, que no pequeis. Y si alguno pecare, tenemos abogado para con el Padre á Jesucristo justo, que es la propiciacion por nuestros pecados: y no por nuestros pecados solamente, sino tambien por los de todo el mundo. Y si preguntas de qué modo abogue este por nosotros, aboga al modo que cierto soldado abogó por sí con el emperador. Este, tratándosele de reo de muerte en su tribunal, descubriéndose el pecho, mostró las cicatrices de sus heridas, de las cuales muchas habia recibido militando por él, y con ellas sin mas razon defendió su causa, de modo que le absolvió el emperador de todo el reato de sus delitos. Pues de esta manera Cristo Señor nuestro aboga con el Padre, no por sí, sino por nosotros, representando á los ojos paternos aquellas llagas que recibió por la gloria del Padre, cuya representacion á la verdad es mas eficaz que qualquiera oracion larga. Porque ¿qué podrá negarse á aquellas llagas, á aquellos méritos, á aquellas virtudes, y finalmente á aquella sangre preciosa? Á la verdad que rectamente atestiguó el Apóstol, que esta sangre clama mejor que la sangre de Abel. Porque esta es sangre de siervo, aquella de hijo; aquella clama desde la tierra, esta desde el cielo; aquella clamando pedia la venganza, esta el perdón y la misericordia. Y está mucho mas inclinado aquel Padre sumo de misericordia á conceder el perdón que á tomar la venganza. Luego ¿qué cosa mas eficaz para alcanzar la misericordia del

<sup>1</sup> Ephes. IV. — <sup>2</sup> Psalm. LVII. — <sup>3</sup> Joan. I. — <sup>4</sup> Joan. II.

Padre que la oblation de esta sangre, la cual no está menos reciente á la vista del Padre que en el día en que se derramó en la cruz? Los soldados en la batalla de elefantes, para irritar y aguzar su ira, les muestran sangre; mas la sangre de Cristo mostrada al Padre quita toda la ira de su ánimo, y alcanza de él toda la misericordia.

14. Esto á la verdad mostró este en la ley con un símil claro, cuando mandó á los hijos de Israel que con la sangre del cordero pascual tiñesen y untasen el dintel alto de las puertas, y las dos jambas de cada casa, para que cuando él, pasando á la media noche por Egipto, matase á todos los hijos primogénitos de los egipcios, perdonase á los hijos de Israel viendo la sangre en los dinteles de las casas. ¿Para qué, Señor, pregunto, necesitas de esta señal para distinguir los hijos de Israel de los egipcios, tú que conociste claramente á un solo Noé en medio de tanta turba de malos como habia en el universo, y lo libraste de la mortandad general del linaje humano? Sin embargo, con este símbolo quisiste dar á entender que la sangre preciosa de tu Unigénito es aquel verdadero propiciatorio que mitiga el furor tuyo debido á nuestras maldades, con cuya vista te aplacas, y la espada vengadora del pacto violado de tu alianza que anda con furia en la comun calamidad y muerte de todos: la apartas de aquellos que se dieron al obsequio y amor de tu Hijo, y se marcaron y señalaron con la fe de la sangre preciosa. Pues ved, hermanos, cuánta causa tengamos hoy como los Apóstoles de alegrarnos.

15. Pero tampoco nos falta este día causa para una piadosa tristeza. Porque en esta sagrada solemnidad hay motivo por que debamos alegrarnos, y por que tambien entristecernos. Y esto casi acontece en todos los misterios de la vida del Señor y Salvador. Por esta causa aquel cordero místico, que era imagen de él, se mandaba comer con lechugas silvestres, es decir, amargas, para que entendiésemos que en la meditacion de todas las obras de Cristo, aunque estén llenas de alegría, se deben rociar con alguna amargura por la memoria de nuestros pecados que le dieron materia de todos los trabajos. Pero dices: ¿qué causa tenemos hoy de tristeza? Á saber, la separacion y ausencia del Maestro amantísimo y Padre carísimo, en el cual solo teníamos, cuando andaba entre nosotros, todo cuanto podíamos desear; y la separacion de la cosa muy amada lastima y hiere el ánimo, respecto que el amor mismo no es otra cosa que la conjuncion y union de dos ánimos, á la cual es consiguiente el deseo de hacer bien, y la comunicacion de todas las otras cosas.

Á la verdad que por esta causa principalmente la muerte atormenta á los hombres, porque separa al cuerpo y alma unidos con una union natural de amistad. Por esto tambien en la muerte de los amigos, en aquel tiempo que se acaba el dolor de uno de ellos, comienza el de el otro porque se separa el amigo. ¿Para qué he de traer aquí á colacion las lágrimas de David y Jonatás cuando el uno se separó del otro? ¿Para qué las del santísimo patriarca Jacob cuando consintió que su hijo pequeño Benjamin se separara de él con los otros hermanos y fuera á Egipto? Pues como ninguna amistad sea comparable con la amistad de Cristo Señor nuestro, ¿cómo el alma fiel que se abraza con su amor no deberá entristecerse cuando ve que se aparta y separa de él? ¿Cuál, pregunto, seria la figura y la faz del mundo destituida de la presencia del sol? ¿Cuál quedaria entonces la tierra, cuál el cielo, cuáles los semblantes de todas las cosas sino estériles, macilentos y negros? Y ¿qué otra cosa es para nosotros Cristo Señor nuestro que un sol de justicia? Porque él mismo dice <sup>1</sup>: mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Pues apagada esta luz y poniéndose el sol de justicia, ¿no es justo que los que quedamos en medio de las tinieblas de este mundo sintamos el ocaso y ausencia de este sol?

16. Ved, hermanos, cuál sea la causa de tristeza que tenemos por la ausencia del Señor en la presente solemnidad. Y así no se dejará ver mas en este siglo aquel rostro lleno de todas las gracias, no mas se oirá aquella celestial trompeta que resuena los misterios sagrados, no se verán aquellas obras estupendas, argumentos clarísimos de su divinidad: por esto es digno á la verdad que, penetrados del sentimiento de la orfandad y soledad, digamos con san Agustin <sup>2</sup>: Te fuiste, Consolador mio, y no te despediste: pues ¿qué diré? ¿qué haré? ¿á dónde iré? ¿dónde te buscaré? ¿á quién rogaré? ¿quién anunciará al amado que enfermo de amor? Faltó el gozo de mi corazón, convirtiéndose en llanto mi risa. Mira, Señor, te ruego, las lágrimas de viudedad y orfandad que te ofrezco hasta que vuelvas. Ea, Señor, aparécete á mí, muéstrame tu presencia y me consolaré. Muestra tu presencia y habré conseguido mi deseo. Con estas palabras lamenta san Agustin la ausencia del Señor, el cual claramente con su ejemplo nos declara con qué dulce pesar deban entristecerse las almas devotas en este sagrado dia, cuando contemplan que se les quita la presencia de su Padre amantísimo y benigno Maestro.

<sup>1</sup> Joan. ix. — <sup>2</sup> S. Aug. Medit.

*Segunda parte: Lo que debemos hacer en este dia.*

17. Os he dicho, hermanos, qué sentimientos deban ser los nuestros en este dia: síguese ahora que os explique brevemente qué sea lo que en él debemos hacer. Esto á la verdad muestra fácilmente los afectos mismos ó de tristeza ó de alegría que se han expuesto. Porque si nuestra suma felicidad consiste en la presencia de Cristo Señor nuestro, y esta se nos ha quitado en este destierro, luego, ¿qué es consiguiente sino que con todo anhelo nos esforcemos á llegar donde él está? Y por qué camino debamos caminar á él, él mismo nos lo hace patente ya con palabras y ya con ejemplos. Porque preguntándole los discípulos por este camino, les respondió <sup>1</sup>: Yo soy camino, verdad y vida: ninguno viene al Padre sino por mí. Pues si Cristo nos es todo esto, digamos con san Bernardo: Sigamos, Señor, á tí, por tí y para tí. Sigamos á tí porque eres camino, por tí porque eres vida; á tí porque eres la verdad á que caminamos, y con cuya vision seremos bienaventurados. Pues porque Cristo es camino, y este llegó por los trabajos al descanso, por la paciencia á la gloria, por los combates á la corona, sigámonse por este camino si queremos alcanzarlo. Á esto él mismo nos convida en el Apocalipsis, proponiéndonos á un mismo tiempo el premio y su ejemplo por estas palabras <sup>2</sup>: Al que venciere le daré que se siente conmigo en el trono; así como yo vine y me senté con mi Padre en su trono: premio por cierto grande y digno de apetecerse con todos los deseos, y de que se siga aun por medio de las llamas si fuera necesario.

18. Y si alguno pregunta, por qué el Hijo unigénito de Dios quiso llegar por este camino de luchas y trabajos al trono de la gloria paternal; siendo muchas las causas de este divino consejo, sin embargo una que no me parece la última entre ellas, os la explicaré con alguna mayor extension. Para su inteligencia es necesario saber que el intento del Autor de nuestra salud fue demostrarnos la perfeccion de la vida cristiana, no solo con palabras, sino mucho mas con su ejemplo. Y porque la vida cristiana principalmente consiste en la caridad, es consiguiente que la perfeccion de la misma vida consista en la perfeccion de la caridad. Y aunque la caridad por sí sea suave y gustosa, sin embargo el camino para ella es difícil y arduo: porque es necesario antes vencer todos los impedimentos

<sup>1</sup> Joan. xiv. — <sup>2</sup> Apoc. iii.

que se oponen á la caridad, y principalmente el desmesurado amor propio, para que la caridad pueda retener en nosotros sus fueros. Y los grados principales de la caridad son dos: de los cuales el uno pertenece y se extiende á todos los fieles, el otro á los deseosos de vida mas perfecta. Al primero toca que amemos á Dios sobre todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra. Este pedia á Dios el Profeta diciendo <sup>1</sup>: Seas, ó Dios, exaltado sobre los cielos; y sobre toda la tierra tu gloria. ¿Qué dices, Profeta? ¿Acaso la gloria divina, sin que tú lo pidas, no está exaltada sobre el cielo y la tierra? Así es á la verdad, no lo niego: sin embargo lo que pido es, que en mi corazon la gloria de Dios se anteponga á todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, de manera que mi misma vida y todas las cosas mas amadas de la vida os ofrezca con un ánimo pronto y gustoso en obsequio suyo. Y esto, que este varon santo pedia, muestra haberlo cumplido colmadamente, cuando al rey Saul que perseguía su vida con un odio cruelísimo, le respondió desde un lugar alto: ¿Por qué causa persigue mi señor á este su siervo? ¿Qué he hecho? ó ¿qué mal se encuentra en mis manos? Pues oye ahora, te ruego, señor, rey mio, las palabras de tu siervo <sup>2</sup>: Si el Señor te irrita contra mí, haz el sacrificio. Esto es, si el mismo Señor quiere que yo padezca la pena de muerte, me ofreceré con ánimo gustoso á la muerte por su gloria y obediencia, y él perciba el olor por el sacrificio de mi muerte. Porque ¿dónde mas justamente podré colocar la vida y todas mis cosas, que en el obsequio de aquel que me dió la vida y todos los bienes? Pues á este amor de Dios sobre todas las cosas se opone el amor propio: porque aquel antepone á Dios sobre todas las otras cosas, y este todas las cosas á Dios. Por tanto este se debe vencer para que aquel reine en nosotros. Y es cosa constante cuán difícil y arduo sea vencer este amor propio. Pues este es el grado primero de la caridad, que pertenece á todos los fieles en comun.

19. Hay otro que principalmente pertenece á los varones mas perfectos. Porque la caridad, así como es un hábito y forma celestial, así se esfuerza á elevar nuestra mente al cielo, de donde ella bajó, y esto tanto mas, cuanto es mas ardiente y fervorosa. Por este título oportunísimamente se compara al fuego, bajo cuya figura se derramó sobre los Apóstoles. Porque así como el fuego por su virtud camina con tanto ímpetu á los lugares altos y elevados, que vence todos los obstáculos y trastorna aun las mas grandes monta-

<sup>1</sup> Psalm. cvii. — <sup>2</sup> I Reg. xxvi.

ñas para caminar arriba; así la mente inflamada y ardiente con el fuego de la caridad se eleva con igual ímpetu hácia aquel á quien ama sobre todas las cosas. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon <sup>1</sup>. Esto es, allí está puesto tu pensamiento, allí el gozo, allí la intencion, allí el afecto, allí todas las esperanzas y riquezas. De aquí es que los Santos habitando con solo el cuerpo en esta peregrinacion, con el pensamiento y con el anhelo conversaban en el cielo. Por tanto de sí mismo dice san Pablo: Nuestra conversacion es en el cielo. Pues de este deseo ¿cuánto nos aparta y rebate la concupiscencia carnal y el desmesurado amor propio? Porque así como el amor celestial eleva la mente del hombre al cielo, así el amor carnal con su peso ó ímpetu nos abate, y como que nos sumerge de modo en la tierra que ninguna otra cosa piensa, nada busca, nada desea, nada vuelve y revuelve en su ánimo de día y de noche, sino lo que mira al adorno y deleite del cuerpo, en esto está siempre toda la atencion y el pensamiento. Y así como el topo se alimenta de sola la tierra, y nada mas busca que tierra, así estos mas ciegos que los topos pusieron en la tierra todos sus bienes, todas sus riquezas y felicidad. Pues constando que es tan grande la lucha y desavenencia entre este grado del amor divino y el desordenado amor propio, y siendo necesario vencer al uno para que el otro pueda conservar sus fueros; y para vencer este amor se ha de hacer guerra á la naturaleza corrompida, y derrotar la fuerza y poder con que domina en el mundo, esto es, en los corazones de casi todos los mortales, ¿quién no ve cuán ardua y difícil empresa han emprendido aquellos que desean llegar á este altísimo grado de caridad? Porque el mundo se ha de superar, la carne se ha de hollar y pisar, las riquezas se han de despreciar, la concupiscencia se ha de reprimir, los honores mundanos se han de repudiar, los deleites de la carne se han de desterrar, los recreos de los sentidos se han de repeler, la salud, la vida, la patria, los parientes, amigos y domésticos, que nos apartan de este ejercicio, se han de dejar para que nuestra mente siempre esté unida con Dios por el amor continuo. Pues ¿veis, hermanos, que no tanto la misma caridad, cuanto el camino para ella es difícil? No era cosa dificultosa traer á David el agua sacada de la cisterna de Belen, si no lo hubieran impedido los ejércitos de los filisteos. Pero romper por medio de los escudrones de los enemigos, y domar y apartar á punta de espada todos los obstáculos, esto á la verdad, así como era cosa dificultosa,

<sup>1</sup> Math. vi. *ut ubi est thesaurus vester ibi est cor vestrum*

así era hazaña esclarecida. Pues á este modo aunque la caridad por sí sea muy deleitable, con todo el camino para ella es dificultoso. La caridad á la verdad es como el puerto á que caminamos, y una estancia firme de la costa: y el camino para ella es como una cierta navegacion. Y en la navegacion hay trabajo, y en el puerto quietud y tranquilidad. Sin embargo, hermanos, ninguno decaiga de ánimo creyendo que á todos se pide esta tan grande perfeccion de caridad, y tanto desprecio de trabajos por el que se llega á ella. Porque esto no lo he dicho para obligar á ella á todos los fieles, sino para mostrar el camino á aquellos que aspiran á la perfeccion de la vida cristiana.

20. Pues volviendo á nuestro instituto y propósito, siendo el intento de nuestro Salvador establecer en el mundo no solo la caridad necesaria para todos los pios, sino tambien una caridad perfecta, y el camino para ella, como ahora os dije, esté cercado de muchos trabajos, siendo preciso sujetar y refrenar el amor propio y todas las pasiones que se originan de él; el caudillo y maestro de esta perfeccion debió ciertamente escoger una vida no regalada y deleitosa, sino una vida de muchos trabajos. Esto á la verdad era tanto mas conveniente que se hiciera, cuanto el mundo era mas opuesto y mas enemigo á este instituto de vida. Porque si este venia á restaurar el mundo corrompido con unas costumbres depravadas, perdido con los deleites y estragado con los apetitos; ¿de qué otro modo debió venir y morir, sino entre varios trabajos y combates? Pues entrando y andando por este camino el Santo de los santos, llegó por los trabajos al descanso, por la humildad al reino, por la paciencia á la gloria, y finalmente por la ignominia y acerbidad de la muerte á la vida. Pues avergoncémonos, hermanos, avergoncémonos de andar por otro camino que el que anduvo nuestro Rey. Avergoncémonos de hacernos miembros delicados, teniendo nuestra cabeza coronada de espinas. Avergüéncese de andar en caballo muy enjaezado el soldado, á vista de que su general y su emperador camina á pié. ¿Acaso no se le trata bien á aquel criado á quien se le trata como á su señor? Pues si el Rey de los Ángeles y hombres, si el Hijo de Dios, si el Heredero de todas las cosas se dignó padecer así en vida como en la muerte tantos trabajos, y no por necesidad de alguna cosa, sino inducido de sola su caridad y amor nuestro, ¿de qué modo los siervos rebeldes y desterrados del reino, comiendo, jugando, divirtiéndose todos los dias y sirviendo á sus cuerpos como animales mudos, y por último pasando su vida en un ocio

perpétuo, llegarán á aquel reino, al cual el unigénito Hijo de Dios no quiso entrar sino por la muerte y derramando su sangre? ¿Por ventura á nosotros se nos ha de promulgar otra ley, ó predicar otro Evangelio, ó abrir otro nuevo camino para que caminemos al cielo, diferente de aquel por el cual anduvieron el Santo de los santos y todos los demás escogidos? Repasa y cuenta, dice san Jerónimo á santa Eustoquio, todos los escogidos desde el justo Abel, hasta el último que ha de nacer en el fin del mundo, y hallarás que todos han padecido adversidades. Solo Salomon estuvo en delicias, y por eso acaso peligró. Pues repudiamos, hermanos, los deleites carnales y demás alicientes de este mundo, que son, como dice Lactancio<sup>1</sup>, no solamente falaces como dudosos, sino tambien traidores como dulces. Abracemos la cruz de Cristo, para que por medio de ella alcanzando los trofeos del mundo vencido y de la carne sujeta, ofrezcamos esta misma al Señor pura é inmaculada, para ser coronada con su alma en la eterna bienaventuranza. Amen.

<sup>1</sup> Lact. de Opific.